

SAAVEDRA FAJARDO Y FRANCISCO DE QUEVEDO, DOS FIGURAS PARALELAS

SI la obra de Plutarco ha sido célebre al establecer un paralelismo entre vidas semejantes de personajes diversos, entresacados al azar del amplio bagaje histórico, el siglo XVII presenta claramente dos figuras que se desarrollaron en un ámbito cronológico y espacial muy similar.

En el primero de ellos, Quevedo desarrolló su etapa biológica entre 1580 y 1643, y próximo a este período también actuó Saavedra, 1584-1648. Como peones de ajedrez, en un amplio tablero, se desarrollaron sus andanzas alegres, irónicas, objetivas, con amplia agudeza para Quevedo y prudentes, moralizantes y nostálgicas para Saavedra. Por estas razones se ha realizado este estudio, muy breve por razones del espacio exigido, pero imbuido de una trama coherente y representativa.

Los estudios realizados por Quevedo tuvieron como marco la ciudad de Valladolid y la de Salamanca para Diego Saavedra. Ciudades próximas, geográficamente, pero lejanas en cuanto a su tono festivo por la proximidad de Valladolid a la Corte. Quizá se pueda afirmar que esta primera fase, junto con el origen natal de ambos —cortesano el de Francisco y provinciano para Diego— marca el primer paso diferenciador de estos insignes escritores.

Posteriormente, ambos marcharían a Italia, península muy atrayente por su arte y cultura. El genio de la sátira barroca, la figura de la ironía se instalaría en la bulliosa y retozona Nápoles. Su intensa labor diplomática le puso en contacto con personalidades de relieve, se movió dentro de un mundo de esplendor y fastuosidad,



símbolo del gran Imperio y poder de la España que fue y ya no sería nunca más. Desde Nápoles, Quevedo incitaría al rey Felipe III para fortalecer el equilibrio del Imperio. Sin embargo, no fue Nápoles para el gran satírico devaneo de burlas, ni cantera de bromas, sino política callada de severas meditaciones (1).

Lejos de este ambiente y retraído por el espíritu de la Contrarreforma, el espacio social por donde transcurrieron los primeros años de diplomacia del escritor murciano es muy distinto al descrito para Quevedo. Roma era el crisol del cristianismo, las máximas inquietudes religiosas se respiran en la Santa Sede, círculo de resquemores, ambiciones, luchas internas, enfrentamiento constante entre una estructura temporal y la espiritual.

No obstante, en este primer período italiano se reflejan en el prisma histórico ambas figuras como dos personajes de extensa erudición. Quevedo dotado de un asombroso entendimiento se puso desde muy joven en íntimo contacto con los círculos políticos de su época, con personas relevantes de la Corte. El Nápoles que asoma en la pluma de Quevedo no es dicharachero ni burlón (2), por el contrario se halla impregnado de la angustia con que la ceguera política madrileña desconocía las ventajas de la orientación preconizada por el duque de Osuna a fin de conservar la hegemonía del rey de Nápoles en la península italiana (3).

Desde este punto de partida común surgiría en el ánimo de ambos personajes una crítica política, una reflexión del gobierno español y de los factores negativos vistos desde el vértice de un cono, situado en la periferia del territorio español, difuminándose posteriormente después en diversas proyecciones que constituirían la base del cuerpo geométrico citado. Proyecciones que desdibujarían la realidad hispánica del XVII. Para lograr su objetivo reformista utilizarán, tanto Saavedra como Quevedo, la pluma. Esta sería empleada como el cincel por el escultor o el pincel por el pintor barroco. La expresión escrita o plástica era una llamada de atención tanto para el terreno político, como para el religioso.

De este modo recurrirían al tacitismo como respuesta del Humanismo al planteamiento maquiavélico del realismo político. El tacitismo español supuso una actitud muy peculiar y quizá la más original de su etapa, según Tierno Galván. La figura de Tácito fue considerada como el gran maestro del Estado Moderno, *der grosse Lehrer der Staträson*, como lo manifiesta Meinecke y para Saavedra sería el gran

(1) ELÍAS DE TEJADA, F.: *Nápoles hispánico*, Tomo IV, Sevilla, 1961, pág. 568.

(2) *Ibidem*, 2 «No buscamos en sus escritos ocurrencias divertidas, sino lección política ejemplar», *Ibidem*, pág. 568.

(3) Este espíritu se pone de relieve en las obras escritas durante el período napolitano Cfr. *Los grandes anales de los quince días, Historia de muchos siglos que pasaron en un mes, Dichos y hechos del Duque de Osuna en Flandes, España, Nápoles y Sicilia*. (Obras Completas, Madrid, 1969).



maestro de los príncipes. A pesar del antimacquiavelismo declarado por Quevedo y Saavedra, ya que la doctrina del escritor florentino era incompatible con las tesis católicas (4), ambos críticos utilizan sus consejos hacia el buen gobierno, buscando siempre la figura del príncipe como objetivo primordial de un pueblo sano, justo y poderoso. Así pues, se observa un conjunto de matices doctrinales, un cóctel formado de ideas eramistas, tácitas y maquiavelistas. Quevedo se preocuparía más de dar un sentido práctico a su doctrina, que crear nuevos sistemas filosóficos, morales o políticos. Prescindiendo, por ello, de consideraciones que no tuvieran a su juicio una significación real, sobre todo en el campo de la doctrina moral (5).

El predominio de la ironía en Quevedo la impregna de un carácter regeneracionista por el que desea un cambio en la situación y devenir de España, pero sin alterar los poderes fácticos del momento... Quevedo es un fiel representante de la pequeña nobleza en la sociedad estamental del Antiguo Régimen, defensora a ultranza de sus privilegios.

Toda esta síntesis de las vías utilizadas en los fines perseguidos, presentan unos paralelismos entre un maquiavelismo apresurado y empobrecido en la interpretación, mediante una suerte de estilización constante, pero rígida. Terminante en sus conclusiones y sin duda, en mayor medida, un tacitismo más bien difuso, aunque más flexible y dinámico en sus aplicaciones concretas. De esta manera la reflexión política se convierte en autónoma y crítica y permite el tacitismo cristianizar la técnica gubernativa, aunque este tipo de literatura política era apta para una minoría culta, la única que podía armonizar la filosofía de la Historia y de la política (6).

Si bien es utilizado el mismo sistema doctrinal en los escritos de Quevedo y Saavedra para alcanzar idénticos fines, la postura de ambos personajes es diferente. Para el primero se le aducen características concretas como las de demócrata (7), uso ilimitado de la guerra gubernamental (8), y héroe por las numerosas vejaciones que sufre (9). Sin embargo numerosos elogios recibe la figura alejada y gris del diplomático murciano. Tierno Galván, Jover, Fraga, Torres Fontes, Guillamón Alvaréz, entre otros (10). Pero quizá la definición más breve y la más acertada sea la de

(4) ELÍAS DE TEJADA, F.: *Op. cit.*, Pág. 537.

(5) RUIZ DE LA CUESTA, A.: *El legado doctrinal de Quevedo*, Madrid, 1984, pág. 53.

(6) BUENDÍA, F.: Prólogo a las *Obras Completas de Francisco Quevedo y Villegas*, Madrid, 1969, pág. 487.

(7) *Ibidem*, pág. 486; JUDERIAS, J.: *D. Francisco de Quevedo y Villegas. La época, el hombre, las doctrinas*, Madrid, 1922.

(8) MARAVALL, J. A.: *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, 1980, 2.ª ed., pág. 56.

(9) MARAÑÓN, G.: *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid, 1980, 15.ª ed., pág. 94.

(10) JOVER ZAMORA, J. M.: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, 1949. Lo califica de excepcional por su actitud, inteligencia, libertad de espíritu y su visión del futuro; «astuto, diplomático; sagaz político, erudito, historiador, elegante escritor, dialéctico, sutil,



Hurtado Bautista, «su gesto va desde la medida a la frialdad» (11). Esta afirmación presenta el equilibrio, la prudencia que marca tanto la personalidad humana de Diego, como la obra literaria. Prudencia, excesiva prudencia le preocupa. Considera ésta como una virtud, la destaca entre otras para conseguir el triunfo, el paso decisivo del príncipe ante su pueblo, «porque la prudencia es tan necesaria a la vida social como la medicina para que el cuerpo sane» (12). Este planteamiento conlleva a considerar la postura saavedriana como una lucha entre la realidad y el idealismo (13).

EL LEGADO LITERARIO

La realización de la obra saavedriana significaba una pausa, un calderón entre las negociaciones diplomáticas: «de ahí su típico carácter fragmentario y a la vez la tensión con que reacciona ante la experiencia inmediata, confiando en el influjo real de lo escrito, y que de este modo marcan un peculiar ritmo en la sucesión de obras y aún dentro de cada una» (14). Y por ello ante el carácter conflictivo e incluso violento de la sociedad que se daba en relación mando/obediencia exigía el reconocimiento de la existencia de las energías individualistas que despertaron con la expansión renacentista, de tal manera que la renovada estructura señorial debía contar no con la mera represión, sino con la persuasión (15).

Por ello Saavedra debía de ser el prototipo de la personalidad del escritor barroco «para quien el sentido pragmático de la historiografía comienza a sugerir en virtud de una reveladora dialéctica interna, la dimensión pragmática constitutiva del lenguaje» (16). A la vez Guillamón Álvarez añade que junto al casuismo de su pragmatismo, su plasticidad sirve para sujetar la atención, impresionar el ánimo y retener la memoria. Esta característica es observada en toda su obra, para que apli-

hábil polemista, ducho jurista, cuidadoso, observador, y siempre un católico firme a toda ultranza» (TORRES FONTES, J.: «Las “locuras de Europa” de Saavedra Fajardo», *Murgetana*, 9, 1957, págs. 41-67). «Moralista, pensador, político, amigo de lo oscuro, cultista, conceptista, senequista, horaciano, tacitista, antimaquavelista —aunque posteriormente lo califica de maquiavelismo barroquizado— católico, pacifista, didacta, pedagogo», y un largo etc. (Cfr. el artículo de Guillamón Álvarez contenido en este mismo número).

(11) HURTADO BAUTISTA, M.: *Diego Saavedra Fajardo: un momento de la conciencia de Europa*, Murcia, 1984, pág. 9.

(12) Discurso pronunciado por Mons. Fernando Dávila en los actos funerarios celebrados por la muerte del Conde de Lemos, publicado por Giulio Cesare Capece en 1601, cit. por F. ELÍAS DE TEJADA, *op. cit.*, pág. 241.

(13) DOWLING, J. C.: «Saavedra Fajardo. Idealista y realista», *Murgetana*, 10, 1957, pág. 65.

(14) HURTADO BAUTISTA, M.: *Op. cit.*, pág. 8.

(15) GUILLAMÓN ALVAREZ, J.: *Op. cit.*

(16) *Ibidem*; HURTADO BAUTISTA, M.: *Op. cit.*, pág. 8.



cando en su expresión múltiples metáforas el lector se sienta atraído hacia las consecuencias morales y políticas.

En el contenido de su obra se refleja una retórica humanista por la que se presenta a un Saavedra adelantado a su tiempo, abogando «por un cambio político, el cual sin menoscabar un ápice el ideal espiritual por el que se luchaba, daría base a una reforma que produjera un resurgimiento interior; una reorganización total que permitiera rehacer lo perdido y salvar lo posible de aquella bancarrota. De aquí que a pesar de su pesimismo busque la fórmula salvadora en sus escritos políticos» (17).

Todo este planteamiento se deriva de su concepción neoplatónica sobre la historia. Como si la existencia histórica no exigiera ya el análisis de una legalidad iminente a los hechos como tales. Sin embargo, estos hechos están deformados por un enfoque propio, moralizante que presenta la realidad bajo una perspectiva singular. Perspectiva que aproxima la exposición saavedriana a la quevedesca, visión irreal, mágica, plástica que de un modo alegórico engaña al observador presentándose los fenómenos de diferentes formas (18).

Por otro lado, Quevedo aplica en sus escritos un método inductivo y empírico, dentro de la línea revolucionista inglesa. Y él mismo, como señala Domínguez Ortiz, fue siempre escritor, unas veces escribió para atrapar el poder, otras con el despecho de haberlo perdido y no pocas movido de sincera condolencia por los males de España, del mismo modo que Saavedra (19).

La preocupación política de ambos se intensificó a la vez que avanzaba su madurez biológica, alcanzando una preocupación teológica y moralizante. Como fundadores de este nuevo género literario trataron de sistematizar su contenido entre la ciencia y el arte (20). La obra política de ellos fue producto de la gran erudición, por una parte y de su gran experiencia en la vida activa, por otra. Para Quevedo su temprana vivencia cortesana hasta su brillante estancia en Italia le convirtieron en el más destacado escritor político de su época, como afirma Buendía. Por otro lado «la formación humanista de Saavedra verdadero rasgo tópico, introducirá valores distintos, más superficiales y retóricos que apelan a la nueva recepción reiterada de las enseñanzas de un Séneca» (21).

Como colofón y a la par que Ruiz Cuesta se puede subrayar que tanto la irónica figura de Quevedo, como la adusta y prudente de Saavedra, no quedaron aprisiona-

(17) TORRES FONTES, J.: *Op. cit.*, pág. 47.

(18) BAQUERO GOYANES, M.: «Visualidad y perspectivismo de las «Empresas» de Saavedra Fajardo», *Murgetana*, 31, 1964, págs. 7-37.

(19) «Quevedo y sus circunstancias», *Rev. Cambio* 16, n.º 55, nov. 1980, pág. 60.

(20) En la misma línea que Mariana, Navarrete, Gracián o Pablo Martínez Riso.

(21) HURTADO BAUTISTA, M.: *Op. cit.*, pág. 13.



das o fosilizadas entre las fronteras de su época, de manera que su legado doctrinal sólo tuviera aplicación en el azaroso período histórico que le correspondió vivir. Sino que traspasando ese marco lograrían trascender hasta nosotros con la misma impetuosidad para el primero y lozanía para el segundo, que entonces les caracterizaban, tal vez porque «las inquietudes, ilusiones y frustraciones que se dieron cita en sus ánimos, fueron casi idénticos a las que y también hoy experimenta el hombre de nuestra época» (22).

(22) RUIZ DE LA CUESTA, A.: *Op. cit.*, pág. 19.

